



POLITÉCNICA

Ingeniamos el futuro

Universidad
Politécnica de Madrid

tve

El bosque protector

Tortosa-Beceite: la cabra montés

Estas majestuosas hayas se atreven a desafiar la latitud, y representan junto con el Hayedo de Montejo de la sierra Madrid, los enclaves más meridionales de esta especie en la Península Ibérica. Han servido de refugio bandoleros y a maquis, han proporcionado madera y carbón, y han presenciado la recuperación de una cubierta forestal muy mermada por la mano del hombre. Desde aquí en pleno corazón de los puertos de Tortosa-Beceite, mostraremos como asociada a su repoblación forestal, y gracias al tesón de técnicos y a una magnífica guardería, se salvo de su extinción a la verdadera protagonista de esto territorios.

Antes de bañar con sus aguas el mayor delta de la Península ibérica, El Ebro serpentea, presidido por el último gran macizo de su recorrido, son los puertos de Tortosa-Beceite. Como todos los sistemas montañosos, es un territorio muy diferenciado de la comarca que lo rodea.

Es una unidad biogeográfica de 60000 ha. que no entiende de fronteras, aunque administrativamente se reparta

entre tres provincias, Tarragona, con 35 000, Teruel 15 000 y Castellón con 10 000 ha.

Solo la diócesis de Tortosa y temporalmente la administración forestal reconocieron la idoneidad de la gestión unitaria del territorio. A pesar de esa identidad biogeográfica indiscutible, su administración se reparte entre tres comunidades autónomas y solo se mantiene cierta unidad de gestión en la reserva nacional de caza.

Tras la fértil llanura aluvial que precede al Delta del Ebro, rica en olivos y frutales, se levanta majestuosa y pétrea una muralla caliza coronada por los 1447 m del Monte Caro.

El Canadé, Tosal del Rey, Tosal de Cervera y Montenegro forman un línea de cumbres muy próxima a la costa que discurre en dirección suroeste. Tras ellas se esconde un verdadero laberinto de montañas y barrancos, una ordenada anarquía de sierras y picos fruto de la confluencia de las Sierras del Maestrazgo, Teruel y Castellón con la cadena costera catalana.

Los materiales calizos del mesozoico forman un relieve abrupto a veces interrumpido por caprichosas fallas de interminables paredes verticales, lleno de farallones, puntal, precipicios y desfiladeros.



En la vertiente occidental los ríos caprichosos, cincelan su curso sobre la roca, como las Hoces del Parrisal en el río Matarraña o las Hoces del Regatxoll en la cabecera del río Ulldemo.

La vertiente oriental es a la vez más violenta y dura, llena de circos y abundantes afloramientos rocosos.

Es una vertiente de mayores contrastes, de mejores paisajes, quizá por su proximidad al mar.

En un corto recorrido, se pasa de los cultivos de la llanura litoral a unos vigorosos rodales de encinas y pinos carrascos, hasta llegar en las cumbres a los dueños de la montaña, los pinos laricios y silvestres, con el permiso de las hayas.

En todo el macizo con la complicidad del agua, la naturaleza calcárea de la roca ha dado lugar a un complejo sistema kárstico salpicado de dolinas y si-



© Luis G. Esteban

mas, que hacen de este paraje uno de los más deseados por los amantes de la espeleología.

A pesar de lo abrupto del paisaje, la vegetación encuentra el suelo necesario para prosperar y allí donde falta se encarama a los riscos como si no lo necesitara.

El clima varía sustancialmente según la exposición del macizo. Mientras que en la vertiente SE, la influencia mediterránea aporta temperaturas suaves, a medida que nos desplazamos hacia el interior las temperaturas son más propias de comarcas continentales, de inviernos fríos y húmedos.

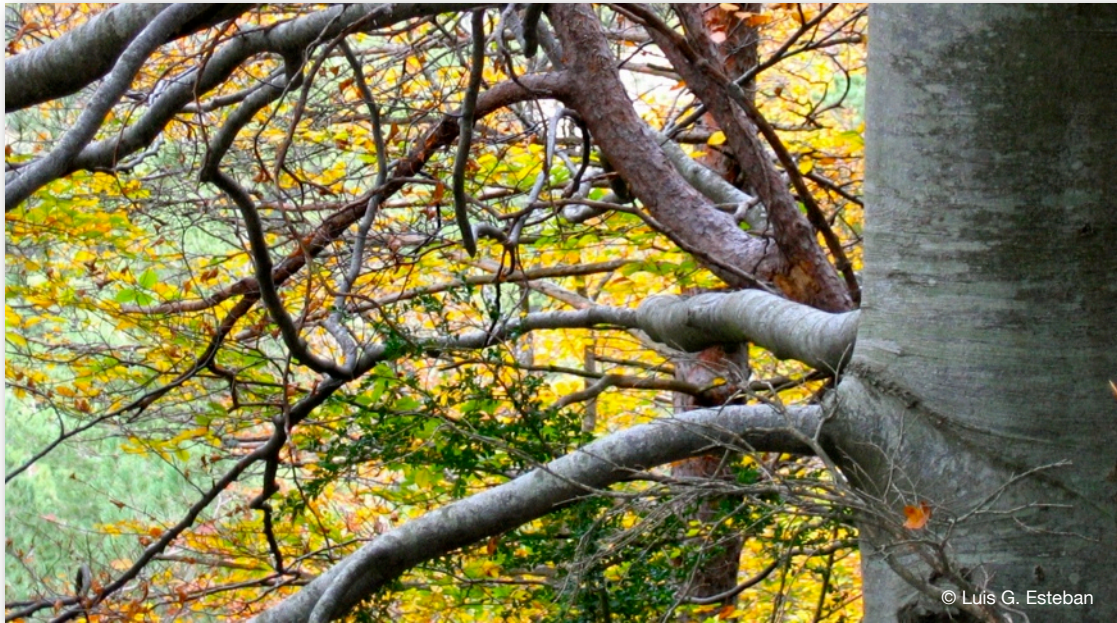
Además de estos contrastes, el cierzo del valle del Ebro o mestral suele ser inesperado y puede pasar súbita-

gentes por encima del dosel como si reivindicasen un territorio que siempre les fue propio.

El Pi Gros en el barranco del Re-taulle de la Cenia, es un impresionante ejemplar de laricio, que mide casi 5 metros de circunferencia a la altura del pecho.

A pesar de las dificultades de acceso, la presencia humana está asociada a este macizo, las pinturas rupestres de la cueva pintada en Alfara de Carles y los restos de la cueva del Vidrio y la cueva del Hospital en Roquetas atestiguan la presencia del hombre desde la prehistoria.

Una lápida de la actual catedral de Tortosa fecha en 944 la construcción de las primeras atarazanas en la ciudad,



mente de la calma más absoluta a vientos de más de 150 kilómetros por hora. Casi siempre de componente noroeste produce como respuesta árboles hostigados por el viento que dibujan caprichosos portes bandera.

La confluencia de los factores altitudinal y climático, permite a este enclave mediterráneo albergar especies vegetales más propias de estaciones atlánticas.

A los laricios y silvestres se les suman tejos, acebos, arces, avellanos y las enigmáticas hayas repartidas de manera dispersa en las umbrías del macizo. En algunos rincones, donde los suelos son profundos y el hombre los ha respetado, progresan enormes pinos, emer-

con pinos de Tortosa-Beceite y se tiene certeza que la madera de la mezquita de Córdoba se obtuvo de estos inaccesibles, pero magníficos bosques.

Se atribuyen también a los árabes las primeras roturaciones para introducir la agricultura generalmente cerca de los poblados, como las eras del actual Corral de la Basa cercano al poblado de Refalguerí.

Entre los siglos XVII y XVIII se arrasaron centenares de hectáreas haciendo uso del fuego, para poner más tierra en cultivo y para satisfacer las sucesivas campañas navales. Todavía hoy se conservan, aunque deterioradas las pegueras, donde se obtenía la pez para el calafateado de los barcos.



A partir del siglo XVIII y durante todo el XIX y la primera mitad del XX es cuando se produce la mayor expansión agrícola, fruto de la mayor presión demográfica en la zona. Gran parte de los bosques del macizo fueron arrasados, dando paso a interminables bancales de piedra que intentaban disminuir la pendiente para retener el suelo y mejorar su escasa productividad, ya que en muchos casos solo aguantaban tres o cuatro años en producción.

Por si esto fuera poco, los pastores ahuecaban aún más el bosque para aumentar los pastos de verano. Sirva como dato que en 1932, el número de cabezas de ganado que pastoreaban en los puertos era de 125.000.

A mediados del siglo XIX la visita de los primeros ingenieros de montes, encargados de elaborar el catálogo de utilidad pública hizo que se incluyeran en el mismo unas 30 000 ha. Este hecho propició que los bosques de las cabecezas del Matarraña, Algars, Canaletas y Genia y los barrancos que vierten al Ebro no pudieran ser vendidos.

A partir de entonces comenzaron a cambiar el incierto destino al que habían estado sometidos estos bosques.

Estos lugares aislados y difíciles, sin pueblos, sin apenas masías en que apoyarse, tras muchos años de trasiego de tropas que les habían conducido a un estado de anarquía y abandono, por fin vieron cambiar su suerte cuando la administración forestal española comenzó a aplicar una política de restauración de la cubierta forestal. Obligó, no sin resistencia, a abandonar agricultores y pastores unas tierras de las que se apropiaron y durante años se luchó contra los ataques a sus límites y la proliferación de enclavados.

Sirva como dato que entre los años 1952 y 1963 se repoblaron 3600 ha. con algo más de cinco millones de plantas de laricio, silvestre y carrasco. Los bancales dieron paso a nuevos bosques y se trazó una red 100 km de pistas forestales que permitió llegar a los rincones hasta entonces reservados a bandidos, guerrilleros, carlistas y maquis.



© Fototeca Forestal

Aquí tenía su base la Agrupación de Guerrilleros de Levante y probablemente aquí tuvo lugar una de las últimas partidas de maquis, cuya jefe era Teresa Plá, la Teresot, la pastora, que era su nombre de guerra aún atacaba masías en los alrededores de Tortosa en 1954 y acabó siendo detenida en la sierra del Cadí en 1955. Quizá el hecho de que la Teresot fuera prima del guarda mayor de la comarca, Eliseo Plá, motivó que durante los trabajos de repoblación del macizo jamás tuviese lugar ningún incidente.

Mientras se atendían los trabajos de repoblación, la escasez de madera en un país todavía bajo las secuelas de la posguerra, hizo de estos montes, como de otros muchos, el lugar de donde extraer madera para el trazado del ferrocarril. Se cortaron los árboles tortuosos que competían con los jóvenes, en Refalguerí, La Fou, Barranco de la Galera o la Tenaya.

Como RENFE estaba obligada a aceptar los señalamientos de madera en los montes del estado, se extrajeron árboles dispersos, ubicados en rincones perdidos, con metralla y con unas labores de extracción endiabladas

Todo se sacó con caballerías traídas desde la sierra de Cazorla, a veces con la traviesa hecha ya en el monte.

Solo en Rafalguerí se cortaron 20000 metros cúbicos de madera que proporcionaron además de la propia madera vigorosidad al monte.

Actualmente los tratamientos selvícolas son escasos y muy caros y la

rentabilidad de la madera de estos montes es muy baja, ya que la importación de madera de coníferas, en especial de países del este de Europa, resulta más económica. Cuando se hacen, la orografía del terreno es tan dura, que el desembosque se tiene que realizar con caballería.

Pero todos estos trabajos, siempre han estado vigilados por el verdadero propietario de los puertos, un animal sigiloso, mimético, acróbata y amante de las alturas, la cabra montés.

Quedaban muy pocas a principios de los años 50, la presencia secular del hombre, la guerra civil y las posteriores partidas de bandoleros, llevaron a este animal al borde de la extinción en el macizo. Sin embargo, hay tantos rincones y tan difíciles y tantas oportunidades de sobrevivir para un animal tan bien dotado como la cabra montés, el salvatge, según el argot local, que todavía quedaba medio centenar de ellos entre los montes del estado de La Fou, La Tenalla, y Barranco de la galera y las fincas colindantes de Milles, Carlares y Balcaneiras.

La tranquilidad que supuso para estos animales la desaparición de las partidas y la presencia real de una guardería disciplinada, hicieron posible su rápida multiplicación.

En aquellos días los forestales, mientras señalaban pinos para su corta, se veían sobresaltados algunas veces por el bufido de una cabra que desaparecía rapidísimamente dando saltos de roca enroca, a la vez que el guarda y los

dos o tres obreros del señalamiento gritaban ¡les cabres! ¡ lo salvatge! Si además ese mismo día les daban otro susto una partida de maquis o la contraguerrilla, a la belleza del trabajo se le añadía una indudable emoción.

Hacia 1968 se creó la reserva nacional de caza con unas 1500 ha. en la provincia de Castellón, 4500 ha. en la de Teruel y 24000 ha. en Tarragona.

Poco a poco el número de cabras aumentó pues se mantuvo una cuidadosa vigilancia y en 1969 el inventario realizado indicaba la existencia de más de 4000 ejemplares. Su calidad era tan buena que en 1970, primer año de funcionamiento de la reserva, se batió el récord de la especie que desde 1950 pertenecía a un ejemplar cazado en Gredos.

La entrada en los puertos es más fácil desde Aragón y esto puede explicar que en los años 50 y 60 se viera favorecido el crecimiento de la población de capra hispánica sobre todo en los montes del estado del sur de los puertos, muy bien vigilados y solo molestados por algún furtivo que entraba por la montaña de Teruel.

En 1980 la reserva rondaba los 6000 ejemplares de cabra y unos cuantos centenares de muflones introducidos hacia 1970 , tras un espectacular crecimiento inicial la población de muflones

entró en un proceso de problemas sanitarios, que aconsejaron su gradual eliminación al tratarse de un ungulado introducido desde Córcega.

Actualmente, la población de cabra está estabilizada en unos 3500 ejemplares, tanto los ayuntamientos como los propietarios particulares de los montes incluidos en la reserva, han encontrado en este animal una importante fuente de ingresos. Esto ha sido posible gracias a la gestión ininterrumpida desde la creación de la reserva nacional de caza ya que los sucesivos planes cinegéticos han permitido compatibilizar riqueza natural con riqueza económica.

Los jóvenes machos ajenos a su gestión siguen su ciclo vital. Durante el mes de diciembre miden sus fuerzas a modo de entrenamiento. En pocos años combatirán por obtener los favores de las hembras en celo.

Como todas las reservas nacionales de Caza cuenta con un plan de gestión que no solo está destinado a la obtención de trofeos, sino que ante la ausencia de depredadores naturales, debe mantener un número de ejemplares que la montaña pueda albergar sin dificultad.

En los pastos de verano localizados en la parte más alta de los puertos, se realizan conteos que permiten estimar el número de individuos y su distri-



© Fototeca Forestal

bución por edades y sexos de tal manera que los planes de caza anuales, intentan cubrir los desequilibrios poblacionales detectados durante los censos.

Cuando algún ejemplar muestre signos evidentes de enfermedades o lesiones se incluye en la modalidad de caza selectiva, bajo la atenta vigilancia de la guardería, es abatido por cazadores locales y autonómicos a un coste asequible.

La sarna, una de las enfermedades que más cabezas se ha cobrado entre la cabra hispánica entre los montes españoles no ha afectado a esta reserva y para evitarla se mantienen controles veterinarios exhaustivos, no solo entre individuos abatidos o muertos sino sobre ejemplares sanos, ya que es una enfermedad de lenta sintomatología.

Los individuos son atrapados en capturaderos. Tras neutralizarlos y realizar una escrupulosa biometría, se les toman muestras de sangre para analizar posibles patologías. Estos trabajos son realizados durante todo el año y forman parte de la gestión cinegética de la reserva.

Terminado el periodo de cubrición de las hembras los machos se retiran y vuelven a encaramarse a los riscos, al refugio de la montaña en abrigos soleados que les permiten disfrutar de los rayos de sol del duro invierno.

Para algunos de ellos puede que sea su último invierno, han cumplido su misión biológica involuntariamente cumplirán el cometido para el que han sido celosamente guardados, su caza. Solo está permitido el rececho, acompañado

por el guarda, el cazador seguirá sus instrucciones y solo bajo su disciplina se abatirá uno u otro ejemplar.

A veces la destreza del cazador no es suficiente para cobrar la pieza y el macho escapa a una velocidad endiablada.

La población de cabras de la reserva nacional se mantiene estable gracias a una adecuada gestión cinegética y se encuentra perfectamente integrada en este singular ecosistema de montaña, donde ocupan los lugares bajos de la pirámide trófica.

Algunas de ellas servirán a la pujante población de buitres leonados que en las paredes de la montaña encuentran los lugares ideales para sus posaderos.

El bosque parece volver a su estado inicial, es abundante, frondoso lleno de vida y los enclaves humanos solo se asoman tímidamente en el mascar como segunda residencia.

Los pozos de nieve y las pegueras guardan silencio, y los aprovechamientos de madera son testimoniales.

Quedan muy lejos aquellos días en los que estos montes producían maderas muy preciadas para construcción naval o civil. De hecho tanto los aprovechamientos forestales como los tratamientos selvícolas tienen carácter meramente testimonial. Aunque la cabra montés sea la actual protagonista de los puertos de Tortosa-Beceite no debemos olvidar que estos bosques requieren el mimo que durante muchos años tuvieron. Solo así seguirán desempeñando su papel de bosque protector.



© Luis G. Esteban

Tortosa-Beceite: la cabra montés